

Dios siempre ofrece un consuelo

La lista de mis males es enorme, más grande que la que hacen las mujeres para ir al mercado. En lugar de jabón, papel de baño, cebollas, aceite, pan, huevos, pechugas, tomates, naranjas, un trapeador, la revista de chismes, la cajita de chicles y la de cigarros, la mía empezaría con mi falta de trabajo; me despidieron por que se necesitaban un recorte de empleados y yo, como soy el más viejo, fui el primero en salir. Eso es lo primero de la lista y eso trae su cola. Como ya no pude aportar dinero mi mujer me dejó. Esto más que un mal es un bien. Pero sigo. Tengo diabetes, controlada, pero diabetes. Me subieron la renta. También tengo astigmatismo, hipertensión, callos en los pies, almorranas que son tan molestas, no oigo bien, me he adelgazado y toda mi ropa ya no me sirve. Mis hijos sólo me hablan para felicitarme el día de mi cumpleaños y en Navidad. Mis nietos nunca. Más grave son mis insomnios, por más que hago no puedo conciliar el sueño. Antes veía la tele pero se me acaba de descomponer. ¿Sigo? Hace tres meses me asaltaron y me robaron mis lentes que eran los únicos que tenía. No se llevaron otra cosa pues nada tenía. De coraje me golpearon. Por eso traje una férula en la mano. Me rompieron un dedo. Pero parece que ya va bien.

Alguien me dijo que lo que tenía yo que hacer es hacerme una limpia. En eso no creo. Otros me dijeron que lo que tenía que hacer es contar a todo el mundo mis penas, lo que me sucedía. Que esto servía para no angustiarme y para que me ayudaran.

Lo pensé y lo hice. Fui con amigos y con otros no tantos. A todos le platicaba mis cosas. Todos me hacían el fuchi, alguno descaradamente me pidió que no le quitara el tiempo, pero la mayoría me decía que qué pena, que lo que tenía que hacer era buscar un consuelo. Que la iglesia era la fuente de eso. Que fuera allá.

Y allá fui. Días y días me la pasé pidiendo un consuelo. Y Diosito que todo lo escucha me lo dio.

Ya todo lo anterior terminó afortunadamente, ahora soy feliz, Consuelo, una de las mochas de la iglesia se fijó en mí. Resultó que era quedada pero rica. Sí, Dios siempre nos da un consuelo.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007